

HOMILIA DE MONS. RAFAEL ZORNOZA EN LA MISA CRISMAL
Catedral de Cádiz. Miércoles Santo 2023

Queridos hermanos:

Bienvenidos a esta solemne celebración de la Misa Crismal. Nuestra catedral se convierte hoy en un cenáculo que revive el ambiente del Jueves Santo donde Jesús instituye la Eucaristía y el sacerdocio, y abre su corazón a los apóstoles antes de sufrir la pasión. Aquí se congrega el presbiterio alrededor de su obispo, junto con el Pueblo de Dios, en una de las principales manifestaciones de la plenitud sacerdotal del obispo, que ha de ser tenido como el gran sacerdote de su grey y como signo de la unión estrecha de los presbíteros con él. Esto hace de nuestra celebración una fiesta del sacerdocio, porque la misa crismal celebra principalmente el sacerdocio de Cristo y el nuestro. Al entregar el misterio de la Eucaristía a la Iglesia, Cristo instituyó también el sacerdocio. Todo sacerdocio –el común y el ministerial– es una participación del sacerdocio único de Cristo. "Cristo nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios su Padre" (Apc 1,5-8). El es nuestro mediador y Sumo Sacerdote, y su unción viene del Espíritu Santo.

La liturgia de la Misa Crismal destaca la dimensión sacramental de la Iglesia que nos comunica la gracia pascual de Cristo. Hoy quedará consagrado el Santo Crisma y bendecidos los óleos de los catecúmenos y de los enfermos. Así podremos disponer de ellos –sobre todo del Óleo de los Catecúmenos y del Santo Crisma–, para la celebración de los sacramentos de la iniciación cristiana durante la Vigilia Pascual. Todos los sacramentos tienen conexión con la pascua, son sacramentos *pascuales*. De este modo sacramental quedamos "cristificados".

El Señor ha cumplido la Escritura. «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 16-21). El acontecimiento de Cristo, Dios hecho hombre, es lo más subversivo que ha sucedido en historia, algo que pone en cuestión todas las categorías humanas. Desde entonces ofrecer la gracia de la redención es el servicio más urgente y necesario para este mundo herido, como comprobamos continuamente en los matrimonios, en la vida de familia, en la soledad de los jóvenes y ancianos, en la falta de esperanza, en la violencia generalizada. Con la gracia de la redención que trae el Señor, se puede reconstruir lo humano que se ha deshumanizado, una vez que las visiones cerradas a la trascendencia han mostrado su poder destructivo. El ejemplo de vidas cristianas santas, coherentes y alegremente vividas, es el medio más eficaz para dar un poco de oxígeno a esta cultura que a veces asfixia por su cerrazón a la trascendencia. Quizá nos sobren respetos humanos y nos falte audacia para mostrar la belleza de la vida redimida por Dios.

Evangelizar, anunciar la Buena Noticia del Dios Amor y comunicar la gracia bautismal hace valiosa nuestra vida en cualquier circunstancia. Los cristianos tenemos un tesoro en nuestras manos que supera el riesgo de esa indiferencia que no plantea preguntas que trascienden el propio horizonte: nosotros conocemos el sentido último de la existencia, que, en definitiva, es el amor de Dios por el hombre, manifestado en la Encarnación, y cómo entrar en comunión con Él por la filiación divina. La Misa Crismal es la celebración por excelencia de la comunión, la “epifanía” de nuestra unión con Cristo en la Iglesia.

Cristo «ha revelado plenamente» la verdad más profunda sobre cada persona revelándole su misterio (cf. GS) y el hombre es desde entonces «el primer camino de la Iglesia». Cristo está cerca de cada uno de nosotros. La vida es un camino que todo hombre debe recorrer con Él y bajo su protección, sin miedo. Aunque vemos que el hombre saciado es aparentemente incapaz de hacerse los interrogantes importantes, comprobamos constantemente que queda aún espacio para dejar entrar a Dios a través de los deseos infinitos del corazón, las heridas de la vida y las brechas producidas por el secularismo.

Hermanos sacerdotes: somos ungidos para actuar en nombre de Cristo, *in persona Christi*. La imagen del pelicano con la que se representa tradicionalmente a Cristo dando la vida por los suyos sigue recordándonos de modo provocador la entrega que prometimos, hasta dar la vida a la medida de Jesús, el Buen Pastor.

Gracias, queridos sacerdotes, por vuestra entrega constante, vuestro pastoreo al Pueblo de Dios, vuestra oración y desvelos por el prójimo. Recordemos con gratitud a los sacerdotes que nos ayudaron con su testimonio y entrega, a los enfermos, a cuantos sufren dificultades, y también a los difuntos, en especial a nuestro querido obispo D. Antonio Ceballos, q.e.p.d.

Como dice *Pastores Dabo Vobis*, “es esencial, para una vida espiritual que se desarrolla a través del ejercicio del ministerio, que el sacerdote renueve continuamente y profundice cada vez más la conciencia de ser ministro de Jesucristo, en virtud de la consagración sacramental y de la configuración con Él, Cabeza y Pastor de la Iglesia” (n. 25). Así lo hacemos en la Misa Crismal. El sacerdote está ungido y ha de vivir como tal, con coherencia plena, para que llegue a todos la medicina y el perfume de la reconciliación, el bálsamo de Dios, el Consuelo y amor de Cristo Sacerdote.

Cada año, como signo de nuestro deseo duradero de fidelidad, los presbíteros renuevan en la Misa crismal, delante del Obispo y junto con él, las promesas hechas en la ordenación. En efecto, queremos unirnos más estrechamente a Jesús, queremos ser fieles administradores de los misterios de Dios. Ciertamente hemos sido enviados por el Señor con la misión de enseñar, regir y santificar. Nuestra especial consagración pretende conformarnos con Cristo a través de los consejos evangélicos que hemos aceptado para que con la gracia de Dios podamos amar

como el Buen Pastor, siendo enteramente libres ante los bienes, los afectos y la propia voluntad. Este camino para el que el Señor nos eligió es muy gozoso, pero también exigente. Hay que decir, más bien, que solamente llena el corazón si se vive con amor radical, no a medias. No olvidemos que el camino de la felicidad pasa necesariamente por el de la fidelidad. La felicidad sin fidelidad es un espejismo, una mentira. No existe felicidad sin fidelidad, aunque la fidelidad comporte pruebas, incomprendimientos, purificaciones y persecuciones. Desligar el sacerdocio de la búsqueda de la santidad es tanto como divorciarlo de la felicidad y de la satisfacción gozosa de ser suyos. Pero, además, sería desertar de nuestra vocación y misión dejando huérfano al mundo.

Al renovar nuestras promesas pidamos vivir siempre fieles de modo renovado y creativo, mantenernos siempre atentos y exigentes en el cumplimiento de la voluntad de Dios buscando lo más virtuoso en el seguimiento de Cristo. No dejemos que lo sagrado con lo que tenemos contacto continuo se convierta para nosotros en costumbre o rutina. Luchemos sin tregua reconociendo siempre nuestra insuficiencia y la responsabilidad que implica el que el Señor Jesús se entregue en nuestras manos, pero recordando siempre que el Buen Pastor nos da su gracia, nos ha ungido, se ha vinculado a nosotros para siempre y nunca nos dejará. Porque el Espíritu y su gracia nos une y alienta a seguir, a servir y a ser santos, podemos afirmar con el Señor: "El Espíritu de Dios está sobre mí".

Roguemos insistentemente a Dios, con el apoyo orante de toda la comunidad, configurarnos a Cristo día a día, animosamente, al entregarle la vida por la salvación de los hermanos, dando testimonio constante de fidelidad y amor (cf. prefacio). Pidámosle confiados que nos conceda lo que la iglesia y nosotros deseamos:

- Vivir siempre como testigos sacramentales de un encuentro con quien es la Verdad y la Vida en plenitud. Que, como ungidos por el Espíritu Santo, invoquemos siempre al Paráclito para que El fecunde nuestro ministerio y seamos signos vivibles y eficaces del Misterio invisible de Dios
- Cooperar en la obra de Cristo como hombres nuevos, con un corazón apasionado por el Señor, moldeado en oración constante y profunda, cuidando una vida espiritual intensa que haga de nuestro sentir, pensar y obrar la expresión de la voluntad de Dios y lleve a todos al encuentro con El.
- El deseo permanente de vivir el ministerio de la Palabra, escuchándola, meditándola y predicándola, encarnándola.
- Vivir la caridad pastoral en toda ocasión, esforzándonos por una vida fraterna presidida por el vínculo de la caridad, con un amor delicado con los fieles, con afecto a la iglesia diocesana y corazón universal.
- Espíritu misionero y celo pastoral, un amor ardiente de pastor que se preocupa de buscar a los alejados, especialmente por las ovejas perdidas

- Ofrecer la paternidad espiritual a cuantos se encuentran en estado de orfandad y soledad, con cercanía y humanidad, con corazón compasivo con los pobres y necesitados, los emigrantes y excluidos de la sociedad.
- Desinterés de los propios intereses, desapego del dinero y de la voluntad para vivir en obediencia sincera, capaces de morir a nosotros mismos para entregarnos en los servicios más humildes poco relevantes ni retribuidos.
- Tensión por buscar la perfección de la virtud, la de las bienaventuranzas, capaces de perdonar y orar por cuantos nos ofenden, con humildad también para pedir perdón cuando fallamos o nos equivocamos.
- Humildad, sencillez y mansedumbre para imitar más y más a Cristo que se hizo siervo, manso y humilde de corazón, con transparencia de conciencia en la dirección espiritual, dejándose aconsejar y guiar.
- Vivir la alegría de la comunión, siendo siempre factores de fraternidad, superando toda división y recuperando el “nosotros” del ministerio apostólico.

Hermanos: Escuchemos nuestro nombre pronunciado de nuevo hoy por el Señor como el día en que nos dijo “ven y sígueme”, “ya no os llamo siervos, sino amigos”. Su confianza y amor siguen siendo nuestra mayor recompensa. Con la misma alegría de entonces digamos con el salmista: “¡Cantaré eternamente tus misericordias, Señor!” (Sal 88).

AMEN.